

FÉLIX DELGADO

Í N D I C E
DE LAS
HORAS FELICES

I

Prólogo de Pedro Perdomo Acedo

BIBLIOTECA DE LAS ISLAS

SERIE I. — VOL. X

LAS PALMAS

MCMXXVII

DONACIÓN
Jaime
O'Shanahan

Al querido amigo León
Bravo de Laguna, inquieto
siempre y exaltado por lo
más fino del arte, en un
abrazo de

Félix Leizaola

BIBLIOTECA DE LAS ISLAS

VOLÚMENES PUBLICADOS:

Serie I. vol. X.—F. Delgado, **ÍNDICE DE LAS HORAS FELICES.**

Serie II. vol. I.—Fray Lesco, **CIUDAD FUTURA.**

vol. II.—L. Benítez Inglott, **INSTITUCIONES PRIMITIVAS DEL DERECHO EN GRAN CANARIA.**

Serie III. vol. III.—J. Rodríguez Doreste, **BOSQUEJO DE LA PINTURA DEL SIGLO XX.** (agotado)

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Paisajes y otras visiones. . . 1923

Índice de las horas felices . . . 1927

EN PREPARACIÓN:

Recuerdos del Seminario.

**Es propiedad. Reservados todos
los derechos que marca la ley.**

Imp. ISLAS, Pérez Galdós 22, Las Palmas (G. Canaria)

PRÓLOGO

FÉLIX DELGADO

Í N D I C E
DE LAS
HORAS FELICES

I

Prólogo de Pedro Perdomo Acedo

BIBLIOTECA DE LAS ISLAS

SERIE I. — VOL. X

LAS PALMAS

MCMXXVII

CON este *Índice de las Horas felices* aspira Félix Delgado, repitiendo el disparo sentimental de su primer libro, nada menos que a herir el cielo de su fortuna amorosa. Se le ve serenamente dispuesto a ir abatiendo, sin prisa y sin fatiga, todas las emociones que cerquen su gran edificio erótico. Poesía de corazón, de corazón en llama apasionada al que—como en el agudo verso de Unamuno—ha podido llegar un rayo de sol a herirle su vena de armonía.

Que la armonía es el humo ruidoso de las almas es un secreto que poseen todos los que hayan sentido perdida, alguna vez en su existencia, la noción fronteriza del tiempo—del tiempo, que es una elástica frontera de nuestra eternidad—saltándoseles las entra-

ñas profundas de la vida, como surtidor a quien solo el reposo es inaccesible.

Desde que apareció en mi vida
ni comienzan las horas ni se acaban,

nos dice Félix Delgado en su primer poema de este libro, independizándose de todo lo circunstancial y anecdótico, que es una manera paradójica de reconocimiento.

Aunque no sea visión de eternidad, insinuándosele preocupadamente, la que campea en él, sino visión retazona del momento, gracioso retablillo en el que precisamente no hay otra índole de preocupaciones que la de señalar la deserción de cada instante, la

agitación

—sin movimiento—de alegre zarabanda

y señalarlo como al desgaire, frente a un campo en el que el silencio toma sonoras calidades, mientras fluye lentamente el rubor sin palabras de los montes, suscitado por las palabras sin rubor de los aires.

Solo que este libro tiene entrañas agi-

tadas y movidas, de un modo tan característico que su confrontación logra persuadirnos de que, frente al mar, nuestros líricos han podido hallarle múltiples facetas.

Lo más interesante del movimiento lírico isleño—pues de la Isla habremos de hacer un arma de combate, aprovechando su escudo de piedra para acercarnos a todos los problemas de nuestro tiempo—es esta multiplicidad de musas ^{av}encinadas en nuestro incipiente parnasillo. Y puede asegurarse que solo en raras ocasiones encontraremos en unos poetas resonancias de otros. ¿Falta de cordial comunicación? Mas bien otra cosa: unanimidad en la lucha por la expresión, que nuestro isleñismo necesita.

Pero, por fortuna, esa expresión no ha sido aún alcanzada. Rehuyendo todo localismo, las voces nuevas van orientándose, como golondrinas en campo de azul y plata, un poco a la ventura de sus corazones. Acaso algún día, al descorrerse, intem-

pesteiva, alguna nube, hallen acceso al cielo de su eternidad; pero conviene atestiguar que va realizándose la aventura, doblado ya para siempre el romántico Cabo de las Tormentas, jovialmente, con un criterio casi deportivo.

Félix Delgado dice con voz de hoy—tan directa que va palpando el contorno de las cosas—claras emociones actuales.

Toda la tierra, en la estación alegre,
de sus senos robustos se amamanta,

se le oye decir, finalizando la segunda parte de este volúmen, que lleva por título: *Canciones Ingenuas de la Primavera*; y lo dice con una voz de guadramaña, en la que el poeta ha podido percatarse de que su actitud no contiene más elemento de ingenuidad que su humorística ingerencia.

Indiscutiblemente, algo ha pasado en la poesía. Nuestros padres llegaban a ella para añadir vaguedades al deseo y hacerlo, claro está, más indeseable todavía. Poesía

sedentaria, la de entonces. Viajes al rededor de nuestros cuartos, los de entonces—y veladas de San Petersburgo. Tempestades bajo el cráneo. Llamábamos al cielo, y no nos oía. Todo el año, Carnaval. Rapé. Pronunciamientos átonos, cargados de cejas. Los galenos, sin levita y sin chistera no eran capaces para el acertón, y entre tisana y tisana tenían que preparar, en tres cuartos de hora, una revolución—lo cual no les impedía dedicar diez horas seguidas al tresillo. Gobernantes que curaban terremotos con pildoras. ¿Cómo llamar a esta época? ¿Estúpida? No, estúpida no: vanidosa—y ya se sabe que la vanidad es un viento que no impele vela alguna a puerto. Llamémosla: período de los cortinones de damasco.

Contrariamente, hoy la savia del mundo corre tan a flor de piel como una musculada vena, pero su fortaleza viene del corazón. Se han descornado las cortinas del mundo y se ha dicho: he aquí el milagro. (El

milagro ha consistido en hacerle recobrar a la Poesía su sagrado carácter personal, independiente de alma y mundo — aunque sean alma y mundo quienes en definitiva les den sus materiales.)

Pues bien, la nueva poesía ha sustituido los cortinones de damasco por finísimos cendales que trasportan la luz sin violentarla.

Al reoír estos versos de Delgado, ligeros como un avión que necesita desprenderse de lo inútil para ir ganando velocidad y altura, se me aparece su virtud primordial esta de ser poemillas en esquema cuyo origen—y cuya originalidad—consiste en aspirar fervorosamente—y el fervor, conviene repetirlo, es una suerte de ligereza—al ejercicio de una economía verbal gemela a la de las coplas populares. Bien que se hace necesario advertir de los grandes poemas—grandes poemas de hasta cuatro versos—que, como las nuevas ideas, nacen mejor al compás

de los pies de los andarines en su marcha.

Arte es selección, búsqueda arriscada de expresiones. La relación con el mundo real solo satisface a los obtusos, pues la realidad llega a ser poemática cuando a fuerza de eliminaciones ha logrado acercarse el artista—como el beneficiador del oro—a su pequeña partícula valiosa. El arte es algo esencialmente distinto de la vida y esta no puede, por tanto, aspirar a ser una obra artística.

En el fondo de ellas y aun cuando desentrañen un cosmos de dolor y desesperanza, late una inequívoca delectación ante el propio espectáculo—como acontece al enfermo crónico cuando descarga el estrago que su enfermedad le produce aludiéndola en dilatadas conversaciones.

Después de larguísima batalla el mundo se dispone a recobrar, con su religiosidad amortiguada, su alegría. Un acrecenta-

do tono de jovialidad va creando nuevos paisajes en los que respiramos aire mejor para nuestros pulmones intelectuales.

Hubo una época en que todo poeta necesitaba, cual roca invadida de porosos líquenes, crespas olas sobre sus lomos, un aditamento de pesadumbre presionando su fortaleza. Hoy le place más acercarse a su objeto como ave de rapiña sobre su presunta presa, siendo toda pluma encubridora y miembros predatorios. Llevando las cosas a un campo en que tal vez se nos invalidaran, poesía es solo emoción de lo fugaz, de lo que, diestramente acosado día y noche, no nos serviría para construir nada más sólido que el humo momentáneo del verso.

El momento que pasa es superior al instante que queda y al fin y a la postre todo hallazgo suele encontrarse rastreando la huella de una pérdida. Con que, por otra parte, la emoción poética se tasa como el andar de un barco: justamente al revés.

Cada vez con más acendrada inclinación va la poesía alejándose de tierra firme para navegar espumas originales. Como gal León tostado por todos los soles, ya ve de la tierra solo su perfil lejano, guión para navegar mares sonoros que le permita filiar, cuando se encuentre, el nuevo continente poemático—ya que el único problema de la poesía ha sido siempre: la conquista del continente. Época de inacción la que ha de sufrir a bordo y, hasta que escale el lugar de su desembarco, pocas obras maduras podrá dar todavía; pero prepara la madurez futura cuando, matemática la expresión, pueda cualquiera usar las cuatro reglas de la naciente Poética. Que las prepara es obvio: tiene a bordo la rigurosa disciplina de la contención y solo le falta, al desembarco, echarse a andar con pié ligero.

LA gente cree que ya no hay poesía. Sí la hay, por ventura—aunque, como el germen que en lo soterráneo va creándose, no esté a la vista. No está a la vista, es cierto, porque la poesía está en camino de mundos nuevos. Cuando retorne, nos da el corazón que pocos habrán de reconocerla—porque en efecto, entonces será otra.

PEDRO PERDOMO ACEDO

Í N D I C E
DE LAS
HORAS FELICES

DEDICATORIA:

**A TÍ VA MI LIBRO PORQUE DE TÍ VINO, COMO
EL AGUA DE LA LLUVIA VUELVE A LA TIERRA.**

F. D.

NO MIRÉIS QUE SOY MORENA,
PORQUE EL SOL ME MIRÓ.

Cantar de los Cantares.

Tira la piedra de hoy,
olvida y duerme. Si es luz,
mañana la encontrarás
ante la aurora, hecha sol.

J. R. J.

No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra.

J. R. J.

I

No llegó de improviso.
Por todos los caminos el alma la esperaba.
Un claro día vino
y se adentró en el alma.
¿Cuándo fué? Hace cien años,
mil... o muchos más.

Desde que apareció en mi vida,
ni comienzan las horas ni se acaban.

II

Sus blancas manos de convalesciente
temblaron como nunca; su mirada,
era como el temblor de la primera
claridad del alba.

Su palidez de muerta se cubrió de carmín;
su seno pequeñito se llenaba
del deseo recóndito
que en sus labios temblaba...

¡Sobre mi frente
prendió el beso su llama!

III

¡RECUERDO! Aún la emoción tiembla en el
(alma.

¡Tus brazos se tendieron como un puente
inseguro sobre mis hombros,
sin poder soportar del deseo la carga.

Llegaste luego toda—tu pecho contra el mío—
y los brazos desnudos eran cuerda apretada.

...Y te quedaste quieta, en lenta consunción
del deseo, que en tí era como invisible llama.

IV

CAMPO. Hondos barrancos; valles silen-
ciosos;
árboles gigantescos; montañas y montañas.
Tú, junto a mí, erguida,
llena de sol, de aire, de perfume
de flor abierta en la mañana.

...Y de pronto, el rubor que sube a las me-
(jillas

—te traicionó el deseo de tu alma;—

¡oh, que sensación de claridad, de pronto

y de tinieblas luego; de agitación

—sin movimiento—de alegre zarabanda!

V

EL viento jugaba, travieso,
entre los pliegues de tu traje rosa.
Las manos ágiles del viento
con tu cuerpo jugaban, afanosas.
Sentías sus caricias suaves
—de alas de mariposas—
y tu rostro, encendido,
era como la aurora.
El viento se ceñía a tu cintura,

y a tus piernas, ágiles, de corza,
y a tus brazos desnudos...
y a tus senos de redondez melódica.

El viento, como ensueño, te desnudó.
¡Eras roja y morena como la caoba!

VI

TODA la luna sobre tí;
tu cuerpo, cobre y plata;
una llama tu boca;
tus ojos, luz de noche, tamizada.

Parecías, inmóvil, una muerta,
que unos minutos antes alentaba.
Con un miedo infantil, sobre tu boca
puse la boca mía, desmayada...

Y un recóndito aliento salió de tí,
hecho fuego y fragancia.

VII

EMERGÍAS del mar, contenta como un niño,
por el sol barnizada y por el agua;
me tendías los brazos en abrazo imposible.
¡Sólo el mar te abrazaba!

En mi deseo, era mar en furia,
era mar en calma,

mar que te agredía
y te acariciaba.

VIII

ERA larga la ausencia
y tú,

sin lágrimas,

llorabas.

Al verme frente a tí,
fueron realidad tus lágrimas.

(¡Oh, el abrazo que surge
alborozado,
 alegre,
con llanto
 y sin palabras!)

IX

—¿ME llevarás contigo, para siempre?—

—Ya te llevo conmigo a toda hora—

—No, así no, porque si sufres,
porque si ries, no lo sabré.

—¿Sola
estarás entonces cuando te dejo?—

—¡No; es verdad, que estoy contigo siempre,
pero... llévame toda... ¡toda!—

X

No hablemos más de esa hora futura
que tú crees lejana.

Llegará como todas; pero como en ninguna,
será real el sueño. En la mañana
de tu virginidad la rosa deshojada,

será todo el pasado... ¡Un ayer
que hacia un futuro llama!

CANCIONES INGENUAS
DE LA
PRIMAVERA

Primavera dintorno
brilla nell'aria, e per li campi esulta,
si ch'a miraria intenerisce li core.

LEOPARDI

A PEDRO PERDOMO ACEDO, SÓBRIAMENTE.

F. D.

I

Los campos han madurado
con la lluvia y el buen sol;
ha madurado el cerezo
y el limonero está en flor.

Las melenas de los árboles
dan al aire su esplendor.
Entre los trigos maduros
salta alegre el cigarrón.

Fina lluvia tempranera,
sol tibio de las mañanas,
¡aquí está la primavera
llena de olor de manzanas!

III

VAMOS al bosque a cantar
la verdura del pinar,
la gracia blanca del día
que nos llena de alegría,
y la tibieza del sol
que da a tu rostro arrebol...
¡Novia, vamos al pinar,
para sentirte cantar!

¡Escuchando tu canción,
como una roja granada
se abrirá mi corazón!

III

LA suave mano de la brisa
llama, despacio, en mi ventana.

¡Ahí voy, corriendo, corriendo,
en pos de tí, madrugada!

¡Madrugada en primavera,
olorosa, pura, blanca,
aquí me tienes cautivo
de tu belleza y tu gracia!

Madrugada, no reveles
las citas de nuestras almas,
que nada sabe la novia...
¡Que no sepa nunca nada!

IV

¡NOCHE blanca de los campos,
blanca de luz y de olor,
noche de la primavera
con blanco-azul de ilusión!

¡No dejes que yo te quiera
con todo mi corazón

noche de la primavera,
que enloqueceré de amor!

V

LA primavera corre por los campos,
dueña eterna de la luz y de la gracia,
—sus senos apretados, contra el viento—
y sube sin fatiga a las montañas,
baja a los llanos, saltá los barrancos,
lava sus pies en las corrientes claras,
se duerme bajo el bosque en la alta noche,
contagia con su risa a las mañanas...

¡Toda la tierra, en la estación alegre,
de sus senos robustos se amamanta!

F I N

ÍNDICE

	<u>Página</u>
PRÓLOGO de Pedro Perdomo Acedo. . .	9
ÍNDICE DE LAS HORAS FELICES	19
CANCIONES INGÉNUAS DE LA PRIMAVERA.	65
ÍNDICE	87
COLOFÓN	88

ESTE LIBRO
ACABÓ DE IMPRIMIRSE
EN
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
EN LA IMPRENTA ISLAS
CALLE DE PÉREZ GALDÓS, 22
EL DÍA 20 DE OCTUBRE
DE MCMXXVII.

